

Colección Letras Chiapanecas

RODULFO FIGUEROA

Estudio y selección de textos

Gabriel Velázquez Toledo
Silvia Álvarez Arana

CONECULTA
Chiapas



Rodolfo Figueroa

Estudio y Selección de textos:
Gabriel Velázquez Toledo
Silvia Alvarez Arana

3

Colección Letras Chiapanecas

UNACH, 2018

Rodolfo Figueroa

Estudio y Selección de textos:

4

Gabriel Velázquez Toledo

Silvia Alvarez Arana

CONECULTA
Chiapas



Rodolfo Figueroa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS
CONECULTA - CHIAPAS

Dirección de Divulgación Editorial Digital de
Universidad Virtual

www.unach.mx

5

Dirección Editorial • Lucía G. León Brandi
Diseño & Maquetación • Joshep Fabian Coronel Gómez

Primera Edición Electrónica

Octubre, 2018

Primera Edición Impresa
2018

ISBN de la Colección: 978-607-8573-59-2

ISBN del libro: 978-607-8573-64-6

Esta obra está bajo una licencia de
Creative Commons



Rodolfo Figueroa

Rodolfo Figueroa Esquinca es considerado uno de los iniciadores de la tradición literaria de Chiapas; estuvo a la altura intelectual que demandaba el desarrollo de la entidad, sobre todo en la última década del siglo XIX; sus estudios en Guatemala le proporcionaron las herramientas intelectuales y estéticas para la creación de una propuesta literaria, de las mejores logradas durante ese periodo.

En un territorio que históricamente se ha mantenido apartado del resto de la República por su situación geográfica, la propuesta de Figueroa se fraguó de acuerdo con las formas y temas del movimiento romántico, con aportes en el manejo del lenguaje folclórico regional e imágenes imbuidas en un profundo humanismo, que revelaban sus preocupaciones filosóficas.

Este trabajo pretende un acercamiento a las vicisitudes educativas de este escritor, su enfermedad, que lo acompañó toda la vida, sus éxitos literarios y su labor en el campo de la medicina, así como su influencia en la consolidación de una identidad regional. Sus experiencias se reflejaron en su obra, que articuló los temas propios de su vocación médica con su espíritu de poeta; asumió la realidad cruda del padecimiento humano a costa de su sensibilidad.

Mediante el análisis textual se podrá reconocer sus modelos literarios: Manuel Acuña, Gustavo Adolfo Bécquer y Ramón de Campoamor; se recupera también parte de su historia personal, la importancia de su legado, que se ha vuelto de difícil acceso y tiene el encanto de transmitir a sus lectores el sentir de toda una generación, además de permitirnos observar el folclor y costumbres de una época.

En el siglo XX, las nuevas expresiones literarias chiapanecas poco a poco fueron ganando un lugar en las letras nacionales, como sucedió con las obras de Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Eraclio Zepeda y Enoch Cancino.

Figueroa Esquinca (1866- 1899) creció dentro de un círculo social privilegiado que le permitió cultivar la poesía y estudiar medicina; cuando nació, el valle de Cintalapa era uno de los más prósperos de Chiapas gracias a la actividad ganadera y agrícola; su madre, Cecilia Esquinca Loreto, fue

hija del liberal José Gabriel Esquinca, gobernador del estado del 17 de junio de 1863 al 30 de noviembre de 1864, durante la invasión francesa; su padre, Esteban Figueroa Selvas, era dueño de la finca “Santiago”, una de las más productivas de la región.

A finales del siglo XIX, hombres ilustres como Emilio Rabasa, Belisario Domínguez y Rodolfo Figueroa consolidaron la base progresista que permitió a Chiapas entrar en la vía del desarrollo mediante el impulso de acciones e ideas que permearon en el devenir social; su pensamiento contrastaba con los de una sociedad conservadora basada en los cacicazgos regionales; Joaquín Miguel Gutiérrez y Ángel Albino Corzo protagonizaron en esos años episodios de lucha a favor del federalismo. La distancia entre Chiapas y el centro del país hizo que estos cambios se dieran con cierta lentitud y dificultad.

En junio de 1892, el gobernador Emilio Rabasa trasladó, con la autorización del Congreso del Estado, los poderes públicos de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas a Tuxtla Gutiérrez. Los problemas con la Iglesia y con los miembros de la élite conservadora, particularmente con el ex gobernador Miguel Utrilla, obligaron al gobernador a promulgar el decreto, el 11 de agosto del mismo año, en el que declaraba a Tuxtla Gutiérrez capital de Chiapas y, por lo tanto, la residencia de los Poderes del Estado. Las pugnas entre republicanos e imperialistas, conservadores y liberales, influyeron en los escritos de Rodolfo Figueroa, un ejemplo de ello es *Olvido, pequeño poema en tres cantos* (1890); por esta obra se le consideró un “prometedor hombre de letras”.

La infancia del poeta transcurrió bajo la educación de su madre; su apego a lo familiar se encuentra presente en varios poemas: “El ángel de la guarda (A mi madre)”, “A mi padre en su cumpleaños”, “A mis hermanos”; Enrique Merchant, su tutor, le enseñó la lengua francesa. Rodolfo estudió en las ciudades de Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de Las Casas, Guatemala y la ciudad de México; en Guatemala recibió el título de “Graduado en Ciencias i Letras” en 1885; dos años después se mudó a la Ciudad de México con el propósito de estudiar la carrera de Médico Cirujano; ahí cultivó estrecha amistad con jóvenes escritores como Peón del Valle y José Aspe (Castañón, 1937); fue un estudiante sobresaliente, obtuvo, en Guatemala, el primer lugar del Concurso

Nacional de Medicina, en octubre de 1893, con su trabajo: “La vacuna, su conservación indefinida y su propagación en Guatemala”.

Rodolfo interrumpió sus estudios debido a la hidrocefalia que le causaba mareos y postraciones; su endeble salud no le permitió formarse académicamente en lugares más propicios como Europa o los Estados Unidos. En su época de estudiante universitario tradujo al español textos de medicina escritos en inglés y en francés que publicaba en dos revistas estudiantiles de medicina, de cuya edición se encargaba él mismo.

Los excesivos dolores de cabeza lo obligaron a dejar la Ciudad de Guatemala y volver a Cintalapa en 1895. Se instaló en la finca familiar, ahí se dedicó a escribir y a ofrecer gratuitamente sus servicios médicos a los campesinos de la región; sus últimos años se caracterizaron por su labor humanitaria y por su creación poética más afortunada.

Dos años después de su muerte, acontecida el 7 de julio de 1899, apareció *Poesías* (1901) bajo el sello de Hermanos Escobar Editores. Rodolfo tuvo contacto con ellos en los círculos literarios y bohemios de Guatemala. Tras su muerte, los editores comunicaron a la familia su intención de publicar parte de su obra en Ciudad Juárez, Chihuahua. Esta edición alcanzó una difusión considerable en el primer cuarto del siglo XX, según lo testimonian la *Revista Chiapas*, *El estudiante*, *México*, *Guatemala ilustrada*, *Diario de Centroamérica*, *El Heraldo*, *El Observador*.

Rodolfo Figueroa fue el primer chiapaneco en crear una obra que gozó de la aceptación de sus contemporáneos; es el antecedente de una tradición literaria que se consolidó en el siglo XX con autores como Rosario Castellanos, Jaime Sabines y Eraclio Zepeda. Pasaron más de 30 años desde su muerte para que otros escritores, como Armando Duvalier (1914-1989), destacaran en la creación literaria local.

Su poesía se ajusta a las formas románticas. El romanticismo fue un movimiento estético que tuvo su origen en Alemania e Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX; para Amelia Valcárcel fue “una reacción revolucionaria contra el racionalismo de la Ilustración y el Neoclasicismo, confiriendo prioridad a los sentimientos” (2008). El antecedente de este movimiento es el *Sturm und Drang* (tempestad e ímpetu) cuyo propósito “era superar los límites kantianos impuestos a la razón humana por medio del sentimiento, la fe o la experiencia mística” (CIALC-UNAM). El

Romanticismo fue el movimiento artístico de mayor aceptación en América Latina durante el siglo XIX, representaba la elegancia de la forma y la explosión del discurso retórico que buscó contraponerse a un clasicismo que había agotado su forma. Al considerar al mundo grecorromano como el modelo de perfección absoluta al que sólo se debía imitar, “exaltaron lo irracional, lo íntimo, lo vivo, la imaginación, pretendiendo evadirse del mundo en que vivían transformado por la tecnología y la industrialización” (CCH-UNAM, 2015). En el caso de México, este movimiento se manifestó con cierta dilación y prevaleció en él un ánimo de imitación estética; Emmanuel Carballo afirma:

El Romanticismo apareció a principios del siglo XIX en México, perduró a lo largo del siglo y dio sus últimos frutos en el XX, se anuncia con José Manuel Martínez de Navarrete y José Joaquín Fernández de Lizardi, se define con Ignacio Rodríguez Galván y Fernando Calderón, consigue sus vehemencias más subjetivas con Manuel Acuña y Manuel M. Flores, obtiene sus textos más perfectos con Salvador Díaz Mirón, se asordina en poemas de Manuel Gutiérrez Nájera, José Manuel Othón, Luis G. Urbina y Amado Nervo, y muere de muerte natural en ciertos textos de Enrique González Martínez, José Juan Tablada y Ramón López Velarde” (1991: 15).

Los románticos rechazaron la concepción de que el poder de la razón y de la ciencia conduciría a un óptimo modelo de vida; para ellos, el ansia de libertad era una aspiración inalcanzable; el hombre era un ser desgraciado en esta vida porque la sociedad le impedía realizar sus deseos y seguir los impulsos del corazón. Juan Luis Alborg retoma tres criterios básicos de Welleck para definir el romanticismo: “la imaginación como energía motriz de la poesía; un concepto orgánico de la naturaleza como idea del mundo; el símbolo y el mito como formas de expresión poética” (1992: 15-16).

Los valores estéticos más frecuentes en las obras románticas son la sublevación de lo sentimental, la liberación del pensamiento y la búsqueda de una identidad individual y nacionalista: esto se manifestó desde Johann Wolfgang Goethe (1749-1832) hasta poetas hispanoamericanos como

Rodolfo Figueroa. Emmanuel Carballo (1991: 13) opina que “Este tipo de poesía, sentimental y filosófica, apela al corazón y no sólo a los oídos”.

Una vez finalizada la guerra de Independencia en México, comenzó la organización nacional del país. Los inconvenientes que los nuevos países, como el nuestro, debían resolver correspondían sobre todo a la política interna y a la cultura. Fueron los años en que el liberalismo y el romanticismo se difundieron en los países hispanoamericanos; ahora “ya no es España la gran mediadora entre Europa y las colonias, sino que los escritores hispanoamericanos y los libros de diversos autores extranjeros, sobre todo los franceses, son los que difunden el nuevo movimiento literario” (Puccini, 2010: 594); se introducen las ideas y las estéticas francesa, alemana e inglesa. La participación académica en las revistas estudiantiles que tuvo Figueroa (en las que realizaba traducciones del francés principalmente) ofrece testimonio del impacto que esta tendencia tuvo en los ambientes intelectuales.

En la poesía de Rodolfo Figueroa se manifiesta el rechazo al mundo frívolo, al obrar únicamente de acuerdo con las leyes de la razón y de la ciencia. En la literatura romántica hay una aspiración a la libertad; se exaltan a personajes bandidos, piratas, reos, mendigos, prostitutas; que actúan al margen de la sociedad y de sus leyes. Rodolfo hará lo propio al recrear la vida de los hombres del campo, los mendigos, los enfermos, los marginales, como se observa en los poemas “El mendigo”, “El poeta”, “Los trabajadores del bosque”.

El escritor romántico expuso su “yo” a la contemplación de los lectores, expresó sus sentimientos íntimos con un personaje clave: “el poeta” que, la mayoría de las veces, es la voz del mismo escritor. Los románticos asumieron la idea de que la humanidad no les comprendía, la patria los desterraba, la mujer que soñaban no existía; decepcionados se rebelaron contra la sociedad y huyeron viajando, escribiendo poesía de ensoñación sobre la Edad Media y el Oriente o mediante el suicidio. Este último tendrá en México un caso ejemplar en Manuel Acuña, cuyo poema “Ante un cadáver” nos remonta a “Por el arte” de Figueroa, quien asume la misma postura ante el cientificismo que, según el sentimentalismo romántico, denigraba la dignidad humana en favor del conocimiento.

Los románticos, Rodolfo Figueroa entre ellos, colaboraron con sus obras en el triunfo del liberalismo e intentaron introducir el pensamiento de la época en todos los aspectos de la vida, exigiendo para el escritor absoluta libertad para componer sus obras. El escritor francés Víctor Hugo (1802-1885) declaró en *Hernani* (1830): “El romanticismo, que se ha definido mal muchas veces, mirándolo sólo bajo su aspecto militante, sólo significa la libertad en la literatura”.

La obra poética de Rodolfo ya era importante en su momento; los críticos locales, con señalamientos sencillos, expresan las lecturas del autor, sus preferencias y carisma. Tras su muerte hubo un vacío por décadas en el ámbito literario regional debido al atraso social, económico, político y cultural de la entidad.

Este poeta anheló humanizar el racionalismo científico y descubrir la historia oculta tras un cuerpo muerto; en el poema “El número 339” dice:

Estudiando una vez histología
del anfiteatro en el salón desierto,
una historia encontré, grave y sombría
en la substancia cerebral de un muerto.
¿Cómo la descifré? yo la atribuyo
a la extraña aberración del microscopio;
dejo al lector con el criterio suyo,
la someto a su juicio y se la copio.

La banalización de la dignidad humana interesa al autor; la lectura completa del poema ofrece la historia amorosa de un individuo encerrado en las cifras de un número, convertido en un caso de estudio. Rodolfo da voz a la historia escondida.

En *Olvido, pequeño poema en tres cantos* (1890) hay composiciones con sonoridades del verso heroico, el personaje principal parte a la guerra a defender a la patria; el lenguaje es sencillo e incluye regionalismos; ahí se propone la conservación de las tradiciones, las costumbres y los paisajes, como se observa en “El toro salvaje”, donde además de dar voz a las bestias que han de enfrentarse a los hombres, reproduce escenas

costumbristas de la época como lo hacían los románticos alemanes. Figueroa logra lo que Pedro Henríquez Ureña considera lo más difícil en poesía: “Decir las cosas bien, como proclamaba Rodó, pero decirlas con palabras no rebuscadas” (1954: 69).

Muchos lectores de la poesía de Rodolfo sólo conocieron los textos que se imprimieron a partir de 1901 con errores y omisiones. Malva Flores (1994: 17-18) dice que el mayor mérito del poeta chiapaneco fue el de consolidar la idea de lo literario en su estado y que “al ser un versificador correcto, nada hay en su poesía que se aparte del lirismo y el fasto de las formas más tradicionales del modernismo y de algunos remanentes del romanticismo”. Edgar Robledo Santiago aseguraba que Rodolfo era un poeta romántico creador de una obra fecunda y múltiple, a pesar de que la muerte lo sorprendió temprano; “todos los tópicos de la vida tuvieron cabida en su inspiración; cantó al amor y al dolor, a la vida y a la muerte; a la naturaleza y a la patria, a la ciencia y al arte” (2000: 135). La exigua difusión de su obra se debe, en parte, a las no siempre afortunadas ediciones y al eclipsamiento que sufrió con el prestigio de otros autores más recientes como Rosario Castellanos, Eraclio Zepeda y Jaime Sabines.

El más entusiasta promotor de la obra de Figueroa durante la segunda mitad del siglo XX fue su sobrino Amadeo Figueroa, cuya familia proporcionó el material para la edición de *Poesías completas*, publicada en 1958 y prologada por Andrés Serra Rojas; esta misma se retomó en 1966 para conformar la obra conmemorativa del centenario del nacimiento del autor.

La obra de Rodolfo Figueroa se inserta en el movimiento romántico, donde predomina, según José Emilio Pacheco (1999: XXXI): “la rebeldía, la sinceridad, el subjetivismo apasionado, la elocuencia quejumbrosa, la improvisación”.

Recibe la influencia del mexicano Manuel Acuña y los románticos españoles Gustavo Adolfo Bécquer y Ramón de Campoamor; otras preferencias de Rodolfo son *María* de Jorge Isaacs, *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas y las obras de Víctor Hugo.

Los aspectos regionales son recurrentes en la poesía de Figueroa; José Casahonda Castillo (2010: 35-36) le concede el acierto de convertir a su tierra natal, que vivía “dentro del sistema injusto del latifundio, en

su paraíso perdido, la arcadia feliz”. Tal vez la ausencia de su tierra natal llevó al poeta a escribir con nostalgia, idealizándola en el amor y la bondad, potenciando la belleza natural y la cotidianidad regionales. Edgar Robledo Santiago (2000: 135), afirmó que Figueroa:

amó tanto a su tierra que dijo; “HE LLEGADO A SABER QUE EL UNIVERSO ESTÁ ENCERRADO EN MIS RISUEÑOS LARES”. El folklore significó para él la fuerza de su acercamiento al pueblo, por eso hablaba de la “JICARITA DE PINOL CALIENTE” y de la “ENCARNADA FLOR DE SOSPÓ”.

La incorporación de arcaísmos, folclorismos y descripción de paisajes es frecuente. El mismo Figueroa da cuenta de ello en la introducción de *Olvido, pequeño poema en tres cantos*:

Este poemita, puramente regional, lo dedico a las buenas gentes que viven en el mismo pedazo de tierra donde vi la luz por primera vez; deseando pintar sus costumbres, he empleado en él vocablos provinciales y giros de lenguaje que sólo allá se usan y que muchos de los lectores tal vez no comprenderán. Si tiene la buena suerte de ser bien acogido entre mis paisanos, me daré por satisfecho de este incorrecto trabajo, escrito nada más por vía de ensayo y sin pretensiones de ningún género.

José Casahonda Castillo (2010: 35-36) destaca la participación de Figueroa en la polémica que se suscitó a finales del siglo XIX entre positivistas y espiritualistas:

Para él nacido bajo el amparo ecuménico de la Iglesia, no podía tener cabida la idea positivista de que más allá de la muerte no existe más que la nada; por ello su poema *Por el arte*, además de ser de buena factura, debe considerarse como el mejor alegato poético escrito hasta hoy en contra del positivismo.

En los tiempos en que Figueroa era estudiante, se creía que con el Porfiriato México había entrado en una fase de desarrollo imparable, con orden y progreso. El positivismo cientificista, que debía crecer en el seno de un estado laico, dio nuevo rumbo a la política, la economía, la cultura

y la educación. Este último ámbito era concebido como el principio y fundamento de todo cambio. El conocimiento tendría como base del orden social y el Estado laico; por esta razón, a la educación científica se le otorgó un trato privilegiado a fin de que individuo tuviera saberes prácticos para emplearlos en beneficio del país.

Rodolfo Figueroa antepuso a este movimiento intelectual sus principios románticos; Casahonda Castillo (2010: 16) dice que en sus manos de romántico, el poeta sublimó, deificó, hasta convertirlos en símbolos, los temas de su poesía: el amor, la mujer, la pena, la soledad, la muerte y el terruño.

Aunque el poeta realizó algunas publicaciones en periódicos, según comenta Amadeo Figueroa en el prólogo del libro *Rodolfo Figueroa Esquinca 1866-1899, poemas* (1981), fue hasta 1890 cuando apareció *Olvido, Pequeño poema en tres cantos*, el único que publicó en vida.

Poesías se publicó en 1901 en Ciudad Juárez, Chihuahua; titulada así por los impresores, quienes daban a conocer “lo mejor de su obra”. Este material sirvió de base para nuevas impresiones. Al parecer, la familia de Figueroa seleccionó los poemas, lo que ocasionó erratas considerables en reproducciones posteriores, como las fechas en que se escribieron algunos poemas, ciertas palabras cambiadas y versos mutilados.

En la obra de Rodolfo se hallan presentes vocablos de la lengua zoque y algunos de origen náhuatl, que funcionan como rasgos de un folclor regional y sirven a la recreación de paisajes y escenas cotidianas; en el poema “A Tuxtla” encontramos una evocación nostálgica del pasado: “¡Salud, oh pueblo de mis amores/ donde en pasados tiempos mejores/ mi vida alegre se deslizó!”; introduce ahí vocablos propios de la región con los que nombra lugares: el cerro Mactumatzá o el río Zapatá; frutas como el *cupapé*, *yumí*, *puxunú*, o flores utilizadas por las étnias indígenas en ceremonias religiosas como el *candox* o *siqueté*.

¡Cómo se extiende tu vestidura
cabe la falda pendiente y dura
del elevado *Mactumatsá*,
y mientras duermes tan indolente
cómo te arrullan eternamente
las claras hondas del *Zapatá*!

¡Oh, Tuxtla hermosa, cómo suspiro
cuando resuenan en mi retiro
tus *tamaladas* del mes de abril;
cuando me llega la voz de arrullo
de tus inditas que un bardo tuyo
les dio de gracias un *jiquipil!*

En este poema aparecen rimas con palabras zoques como *matzú* o palabras con formas localista como *Calvariú* por Calvario.

Tal me parece que alegre sube
mi papalote que hasta la nube
almidonado va de *matzú*;
que en pos de nuevos, anchos espacios
busco los vientos menos rehacios
en la Lomita del *Calvariú*.

La base de su poesía no se encuentra en el rebuscamiento ni en la complicación del concepto; usa palabras claras y expresivas para captar el movimiento de la vida cotidiana. De acuerdo con el estilo romántico, Figueroa recurre a elementos del medio ambiente para expresar sus estados de ánimo; el paisaje es la proyección de su alma atormentada y el refinamiento de la expresión no dificulta el retorno a la naturaleza; en “Pinceladas”, el sauce posee atributos humanos: tiene una actitud traidora y cabellera protectora, mientras que su rama se inclina y llora.

El funerario sauce sobre el río
cuelga su cabellera protectora.
Tenaz conserva su actitud traidora.
Un martín pescador, hosco y bravío,
y al parecer, durmiéndose de hastío
está en la rama que se inclina y llora.

La obra de juventud de Rodolfo abarca de 1884 a 1890; la publicación de *Olvido, pequeño poema en tres cantos* muestra su inclinación por el romanticismo; Bécquer es una de sus principales influencias. La segunda etapa fue la más prolífica, abarcó de 1890 a 1894, mientras estuvo en Guatemala estudiando medicina; ahí también se encuentran rasgos románticos con la inclusión de elementos folclóricos y costumbristas. Su última etapa, que abarca de 1895 a 1899 y refleja la profundidad de sus preocupaciones, se ha considerado un acercamiento a la estética modernista.

Cronológicamente, Rodolfo coincide en esta última etapa con el modernismo que se gestaba en la ciudad de México; Manuel Gutiérrez Nájera era su principal impulsor mediante la publicación revistas literarias y poemas que cautivaron a los nuevos escritores en la capital mexicana, pero que llegaron tarde a Chiapas donde Figueroa moriría sin haber conocido la consolidación de este movimiento estético; el hilo conductor de su poesía es la crítica a la frialdad de la razón y de la ciencia.

En el poema “El número 339” expresa: “Sabes el nombre que sin pompa y gala / usé muy poco en mi existencia breve, / tanto, que me llamaban en tu sala / el número trescientos treinta y nueve”. Es patente la necesidad de recuperar aspectos soslayados como la individualidad del nombre, por las excesivas convenciones de la medicina; el poeta hace un llamado a recobrar la dimensión espiritual; también aparecen rasgos de héroes rebeldes de la literatura romántica, como Andrés, el personaje de su poema *Olvido*, que aspira a una plena libertad; se advierte una inclinación por personajes que prefieren mantenerse al margen de la sociedad.

Sin padre, sin hermanos y sin madre,
sin tener un perruco que le ladre,
era más libre Andrés que el mismo viento,
y en las milpas de todos trabajaba
siempre lleno de fe, siempre contento;
con el poco dinero que ganaba...

En “El poeta” se observa esa voz íntima que expone su “Yo” a través del personaje que se ha creado:

Mis versos guardan
en urnas de oro
rico tesoro
de inmenso amor;
porque es hermosa
mi vida inquieta,
¡porque el poeta
me llamo yo!

O en “Fugaces XIII”

¿Y no ves una sombra arrodillada
velar al borde del mortuorio lecho?
¡Es el pobre poeta que solloza
donde duermen sus versos!

17

Rodolfo Figueroa utilizó su obra para dejar testimonio de ciertos acontecimientos históricos locales; en “¡A Tuxtla!” refiere con alegría a la instauración de la nueva capital chiapaneca.

Hoy me han contado que ya es eterno
ese bullicio, porque el Gobierno
buscó las frondas del Sabinal;
que siempre tienes perpetua fiesta,
que te proclaman a toda orquesta
de nuestro Estado la Capital.

El vigor de la expresión y la sonoridad del verso y la rima, que se halla mayoritariamente en los versos endecasílabos, marcan una pauta rítmica, audaz, con heptasílabos que complementan el verso a manera de sentencia. El ritmo es ágil; en el poema “II” presenta secuencias de imágenes, símiles, metáforas e hipérbolos, que potencian el dolorido amor:

¡Si comprender pudieras mis amores
y ver de mi pasión la inmensidad!,

mi vida de congojas y dolores
es una eternidad!
Jamás comprenderás cuánto he llorado,
cómo solo en quererte sé pensar;
una sola esperanza he acariciado:
¡Que me llegues a amar!
Mi pobre corazón solo palpita
por ese amor eterno nada más;
como la virgen que en su altar habita
aquí en mi alma estás.
La fe que tengo a abandonarme empieza...
¡Quién sabe si más tarde volverá!
Si vieras mi horizonte de tristeza
¡Qué silencioso está!

Durante la última etapa, la obra de Rodolfo se decantó, ya no es el amor su principal preocupación; en la antesala de su fallecimiento, busca la paz y la trascendencia. Su estancia en la Ciudad de México le permitió conocer la obra de algunos autores románticos como Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Manuel Flores, Manuel Acuña y los españoles Gustavo Adolfo Bécquer, José de Espronceda, Ramón de Campoamor. En estos casos, el Romanticismo presentaba la típica perspectiva nostálgica desde la cual el sujeto lírico se abandona a la voluntad de un ser superior.

Los poetas románticos liberan los sentimientos, no hay límites para la expresión, cantan porque hay una impotencia ante el destino, que los revela pequeños frente a la magnificencia de la naturaleza, insignificantes ante la realidad que la ciencia va develando. Podemos encontrar gran parecido entre “Por el arte” de Rodolfo y “Ante un cadáver” de Manuel Acuña, en cuanto a la relación de la vida con la muerte.

¡Miseria y nada más!, dirán al verte
los que creen que el imperio de la vida
acaba donde empieza el de la muerte.
[...]

Pero ni es esa forma la primera
que nuestro ser reviste, ni tampoco
será su última forma cuando muera...

Y allí, a la vida, en apariencia ajeno,
el poder de la lluvia y del verano
fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
irás del vergel a ser testigo
en el laboratorio soberano.

[...]

Que al fin de esta existencia transitoria
a la que tanto nuestro afán se adhiere,
la materia, inmortal como la gloria,
cambia de formas; pero nunca muere.

El tema de la fugacidad de la vida y la inmortalidad de la materia se encuentra en varios poemas como en “Clínica Negra”, “El número 339”, “¡Siempre!” y “Por el Arte”, en los cuales se halla un idealismo que se impone a la objetivación científica; en este último soneto un cuerpo hermoso, aunque muerto, será profanado por el interés científico.

¡Cuán hermosa es la muerta! Exuberante
su desnudez sobre la losa brilla,
yo la contemplo pálido y jadeante
y tiembla entre mis manos la cuchilla.
El profesor, que la ocasión bendice
de poder explicar algo muy bueno,
a mí se me acerca y con placer me dice:
—Hágale usted la amputación del seno.

Al espíritu científico que marcó el positivismo de la época, Rodolfo antepone su idealismo romántico, como lo hizo Manuel Acuña:

Yo que siempre guardé por la belleza
fanatismos de pobre enamorado,

—perdonadme —le dije con tristeza—
pero esa operación se me ha olvidado.
Se burlaron de mí los compañeros,
ganó una falla mi lección concisa,
vi en la faz del maestro surcos fieros
y en la faz de la muerta una sonrisa!

En “El número 339” hay una aproximación al dolor que expresa quien es rechazado por la sociedad y reflexiona sobre la vacuidad de la vida, que de sublime pasa a un estadio experimental, a un objeto de la ciencia; llega al punto en que pierde toda esperanza, se detiene, medita y, aceptando su parte de dolor en el sufrimiento general, prosigue su camino, imponiéndose el sentimiento del poeta sobre la razón del médico.

Según Bruno Estañol (2011: 193), en el acto poético hay una búsqueda de la trascendencia; para el artista romántico no es el placer sino el pesar el que lo trasciende. En el poema “XLIV” de *Fugaces*, el cuerpo vuelve a la madre tierra como un bien elemental, como una ofrenda a quien lo nutrió en vida.

El día que pague
a la madre tierra
el mismo tributo
que al morir le llevan
todos los que vienen
a pisar su arena.
Si a piedad os mueve
mi desgracia inmensa,
dadme cuatro tablas
por única ofrenda,
[...]
Cavadme la huesa,
y en su fondo oscuro
dejad al poeta
que olvidado y solo
descanse sin penas.

El enigma de la mujer aparece con frecuencia en sus poemas, también la piedad hacia los menesterosos. Desde sus inicios, el escritor mostró una predilección por los temas románticos: la exaltación del amor, el hombre que trata de alcanzar a su amada mediante el sacrificio, la imagen de ésta como un objeto de deseo imposible. La mujer aparece vestida de sortilegios, de misterios: “llámame á tu lado entonces, / y cuéntame esos misterios”; hay regocijo en las emociones que provoca el misterio del amor: “Voz misteriosa que de amor nos habla / y á cuyo acento el corazón palpita, / que despierta en el alma del que sufre / esperanzas y anhelos y alegrías”.

La figura de lo femenino en la obra de Figueroa es recurrente, es el objeto sublime donde quiere arraigar su trascendencia en el sostén de su lucha por la vida.

Amor... fuerzas me da cuando lo imploro
de mi dura existencia en el combate;
yo sé que nada más porque te adoro
dentro del pecho el corazón me late.

También pondera la libertad en el amor idealizado que frecuentemente choca con la realidad lacerante:

Toda mi adoración inmensa y pura
la has conocido sin tener sonrojos:
se dicen tantas cosas de ternura
ien la muda expresión de nuestros ojos!
Jamás podrá decirte lo que anhele
La palabra banal que nada encierra;
el lenguaje del alma está en el cielo
y lo ignoran los pobres de la tierra.

Como se puede observar a lo largo de su obra, Rodolfo Figueroa acrisoló en la poesía su profesión médica. Los elementos románticos que se advierten son la presencia de augurios; las descripciones grandiosas y exóticas de la naturaleza; el concepto del amor como una fuerza ineluctable y la imposibilidad de su consumación; la visión idílica de su pueblo; la

exaltación de la melancolía y de lo sobrenatural; el empleo de lo vago e impreciso; exaltación del catolicismo; la proyección de los estados de ánimo del yo poético en la naturaleza.

El poeta de Cintalapa escribió de acuerdo con la estética del romanticismo español y mexicano con vocablos y escenas de Chiapas; a pesar de su corta vida, su obra constituye una mirada del futuro literario, pues el modernismo heredaría los temas del romanticismo: la evocación de mundos irreales o exóticos, que Figueroa trasladó a su propia tierra; otros temas que Rodolfo compartió con los modernistas fueron la melancolía, el desencanto, la duda existencial, el amor, la soledad, los motivos sobrenaturales y la libertad; murió cuando su obra se decantaba cada vez más. En su caso, podemos hablar de una evolución en la propuesta romántica para concluir con la expresión de un pensamiento crítico, reflexivo, con alma llena de su terruño y su cultura. Sin él es imposible comprender el inicio de la tradición literaria en la entidad; su poesía se estima como la primer obra consolidada en el canon regional que, a decir de Harold Bloom, sólo se puede lograr “por fuerza estética”, que se compone primordialmente de “dominio del lenguaje metafórico, originalidad, poder cognitivo, sabiduría y exuberancia en la dicción” (2011: 39). Todo lo anterior le confiere por derecho propio ser considerado el padre de la poesía en Chiapas.

Bibliografía

- Alborg, Juan Luis. *Historia de la literatura española, Tomo IV, El romanticismo*. Madrid: Gredos, 1992.
- Casahonda, José. *12 Poetas Chiapanecos*. México: Universidad Autónoma de Chiapas, 2010.
- Carballo, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara / Xalli, 1991.
- Centro De Investigaciones Sobre América Latina y El Caribe - Universidad Autónoma De México (2016). "Romanticismo", en *Diccionario*, 2016. <http://www.cialc.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/romanticismo.html>.
- Colegio De Ciencias Y Humanidades-Universidad Autónoma De México. "El romanticismo", en *Historia universal 1. Las corrientes artísticas*, 2015. <http://portalacademico.cch.unam.mx/alumno/historiauniversall/unidad4/culturaSigloXIX/romanticismo>
- Estañol, Bruno. *La mente del escritor*. México: Cal y Arena, 2011.
- Figueroa, Rodolfo. *Pequeño poema Olvido en tres cantos*. Guatemala: Establecimiento Tipográfico "La unión", 1890.
- . *La vacuna, su conservación indefinida y su propagación en Guatemala*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1894.
- . *Poesías*. Ciudad Juárez: El agricultor Mexicano, 1901.
- . *Poemas*. Tuxtla Gutiérrez: Sociedad de Estudiantes Chiapanecos, 1923.
- . *Magdalena*. México: Sociedad de Estudiantes Chiapanecos, 1924.
- . *Poesías Inéditas*. Tuxtla Gutiérrez: Talleres Gráficos del Estado, 1937.
- . *Poesías completas*. Tuxtla Gutiérrez: Nueva Educación, 1958.
- . *Poesías completas*. Edición conmemorativa a 100 años de su nacimiento. Tuxtla Gutiérrez: Nueva Educación, 1966.
- . *Rodolfo Figueroa Esquinca 1866-1899. Poemas*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado, 1981.
- . *La marimba*. Tuxtla Gutiérrez. Editor Rodrigo Núñez Editor, 1984.
- . *Poesías completas*. Tuxtla Gutiérrez: Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno de Chiapas, 1988.

- . *Olvido. Pequeño poema en tres cantos*. Tuxtla Gutiérrez: Rodrigo Núñez Editor, 1990.
- . *Figueroa Esquinca, Rodolfo 1866-1899: por el arte. Antología poética*. Francisco Valero Becerra (sel. y prol.). Tuxtla Gutiérrez: Instituto Chiapaneco de Cultura, 1991.
- . *Breve antología*. Tuxtla Gutiérrez: Secretaría de Educación, Cultura y Salud, 1992.
- . *Figueroa Esquinca, Rodolfo 1866-1899: por el arte. Antología poética*. Francisco Valero Becerra (sel. y prol.). Cintapala de Figueroa: H. Ayuntamiento de Cintalapa de Figueroa, 1997.
- . *Obra poética de Rodolfo Figueroa: primer poeta moderno de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez: CECA-Chiapas, 1999.
- . *Rodolfo Figueroa Hecho para niños*. Rafael Araujo (comp.). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas / Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2013.
- Flores, Malva. *Chiapas voces particulares. Poesía, narrativa y teatro (Siglos XIX y XX)*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Isaacs, Jorge. *María*. Donald McGrady (ed.). Madrid: Cátedra, 2007.
- Muñoz, Isabel. *Olvido, pequeño poema en tres cantos*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas, 1984.
- Pacheco, José Emilio. *Antología del modernismo 1884-1921*. México: Era, 1999.
- Puccini, Dario y Saúl Yurkievich. *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica I*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Robledo Santiago, Edgar. *Valores humanos de Chiapas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Spitzer, Leo. *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1992.
- Valcárcel, Amelia. *Feminismo en un mundo global*. Madrid: Cátedra, 2008.
- Velázquez Toledo, Gabriel. *Análisis estilístico de la obra de Rodolfo Figueroa*. Tesis de maestría. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas, 2013.
- . *Poesía reunida de Rodolfo Figueroa Esquinca (1866-1899)*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas, 2016. Recuperado de http://www.espacioimasd.unach.mx/libro/num11/Poesia_Rodolfo_2016_ebook.php.

Clínica negra

I

Sala de un hospital amplia y sombría,
el Doctor ordenaba con imperio,
y de una úlcera al ver la rebeldía
al practicante le pidió el cauterio.

Enrojecido lo acercó al paciente
sin preocuparse de su suerte aciaga,
el miserable se agitó imponente,
lanzó un rugido y se extirpó la llaga.

25

II

Los que cumplís la terrenal condena
de ser mirados con escarnio y mofa,
si halláis a vuestro paso la gangrena
sangrienta y ruda formulad la estrofa.

Como el Doctor, sin escuchar el grito
de rebelión y de dolor que estalla,
quemad con vuestros cantos al maldito
aunque ruja y blasfemie la canalla!

El número 339

I

Estudiando una vez histología
del anfiteatro en el salón desierto,
una historia encontré, grave y sombría
en la substancia cerebral de un muerto.

¿Cómo la descifré? yo la atribuyo
a la extraña aberración del microscopio;
dejo al lector con el criterio suyo,
la someto a su juicio y se la copio.

26

II

“Sabes el nombre que sin pompa y gala
usé muy poco en mi existencia breve,
tanto, que me llamaban en tu sala
el número trescientos treinta y nueve.”

“Mi profesión, mi edad, mi patria hermosa,
todo lo viste en el papel estrecho
que colocó la Hermana cuidadosa
bajo el número negro de mi lecho.”

“Me llevó al hospital la dura suerte
que en ser adverso al infeliz se aferra;
no lo creerás, pero encontré la muerte
por enfermarme en extranjera tierra.”

“Por orden del Doctor me examinaste
con esa falsa gravedad que ensayas,
y en tu libro de errores anotaste
la enfermedad que en mi cerebro no hallas.”

“Lo recuerdo muy bien: no hubo ninguno
que no inquiriese por mis males fieros,
y ante mí desfilaron uno a uno
con orden singular tus compañeros.”

“Fue en verdad, el Doctor muy bondadoso
cuando hablaba de mí por vez primera:
—es un caso, Señores, muy curioso
que estudiarán cuando el enfermo muera.”

“El diagnóstico es fácil... la necropsia
dirá después cuanto explicar me resta;
jamás me canso de elogiar la autopsia
por los grandes servicios que nos presta.”

—“En la substancia gris, al microscopio
esto y aquello encontrarán ustedes...
y de lógica haciendo extenso acopio
habló el Doctor de lo que hallar no puedes.”

“Después mi extraño mal fue más complejo
más implacable y fiero cada día
hasta que vino al fin con su cortejo
de tremendos dolores la agonía...”

“En ese instante en que la vida siente
que su organismo a disgregarse empieza,
por mi familia y por mi patria ausente
una lágrima tuve de tristeza.”

“Llorar así por los que más me hicieron
llevaderas del mundo las espinas,
fue el postrer pensamiento que tuvieron
estas células muertas que examinas.”

“¡Mi postrer pensamiento!... Me propuse
decir verdad y sin querer te engaño;
¡Mi postrer pensamiento lo traduce
sólo un ser que me adora y no un extraño!”

“¡Cuántos adioses por doquier miraran
de mis últimas noches intranquilas,
si a ese ocular obscuro se acercaran
de una hermosa que adoro las pupilas!”

“Aquel largo estertor de agonizante
hubiera sido pasajero y breve
si ella hubiera podido en ese instante
cerrar mis ojos con su mano leve.”

“Ah! cuando tuve esa ilusión que alegra
como rayo de sol tras noche oscura,
vi dibujarse como mancha negra
la silueta fatídica del cura!”

No recuerdo que dijo: solamente
perdidos ecos de su voz cristiana
llegaban hasta mí confusamente
con el *ora pro nobis* de la hermana.”

“Como ave prisionera en el vacío
que al asfixiarse con horror se agita,
así mi ser se estremeció de frío
al sentirse rociar de agua bendita.”

“Con galvánicas fuerzas combatieron
todos mis nervios por la vida hermosa,
y al concluirse esa lucha, me trajeron
de esta sala anatómica a la losa.”

“Después rompiste sin temor mis sienas
porque sabes muy bien que mis dolores
se acabaron por fin... ¡y aquí me tienes
trasladado a estos mundos inferiores!”

“Aquí me tienes con la extraña marca
de este nuevo organismo que me apropio,
tan pequeño, que a veces no me abarca
en su campo visual el microscopio.”

“¡Que si pienso en mi amada! Me sorprende
tu pregunta tan llena de miseria,
¿no sabes tú que por amor se entiende
esa eterna atracción de la materia?”

“¿No sabes que dos gotas de rocío
si se funden en una es porque se aman,
que hasta en el seno del sepulcro frío
los átomos se buscan y se llaman?”

“Y ella al fin morirá... cortos instantes
dura en el mundo la existencia breve,
y se unirá a las células errantes
del número trecientos treinta y nueve!”

II

Dejo al lector con el criterio suyo
al concluir esta historia que le copio:
yo de mí sé decir que la atribuyo
a extraña aberración del microscopio.

El ángel de la guarda

A mi madre

I

A pesar de los años transcurridos,
de mi tranquila infancia
guardo un recuerdo arrullador y hermoso
en lo íntimo de mi alma.
Es una vieja historia de otros días
de ternura y de lágrimas
que repito en mis horas de tristeza
como santa plegaria;
es de una edad lejana que no vuelve
reminiscencias vaga,
que nunca olvidaré porque la llevo
hondamente grabada
en lo más escondido de mi pecho,
en lo íntimo de mi alma.

30

II

Una noche invernal y tempestuosa,
oscura y destemplada,
silencioso escuché junto a la lumbre
que en el hogar brillaba
el trueno amortiguado que rujía
detrás de las montañas;
silbaba el huracán con furia intensa
y sus perdidas ráfagas
azotaban sin tregua ni descanso

las puertas y ventanas;
la luz de los relámpagos rompía
con su trémula llama
aquella densa oscuridad del cielo,
del bosque la montaña;
desgajados los árboles gemían
y los perros aullaban,
y esa vez tuve miedo y sentí frío...
frío intenso en el alma!
Creí que los espíritus nocturnos
a la tierra bajaban,
en medio de las sombras de la noche
miré sus formas vagas,
sentí sobre mi frente el soplo helado
de sus inmensas alas
y confundí sus gritos con los ecos
del viento que silbaba.
Yo, con la fe del corazón del niño
que invoca a quien lo ampara,
aquella noche de mortal pavora
busqué a mi madre santa
y oculté mi cabeza en su regazo
conteniendo mis lágrimas.
Duerme! me dijo cariñosa y dulce,
duerme, niño de mi alma,
no temas al rumor de la tormenta
ni el huracán que estalla,
que cuidándote está sobre la tierra
el ángel de tu guarda;
de la vida en el viaje solitario
te cubre con sus alas
y el amor con que vela en tu camino
jamás, jamás se acaba!
Así dijo la madre de mi vida,
único ser que me ama,
murmuró sonriendo en mis oídos

una oración cristiana
y sentí que mis ojos soñolientos
al cabo se cerraban,
que me besó en la frente y que me dijo:
duérmete, hasta mañana!

III

Desde entonces conservo con cariño
en lo íntimo de mi alma
ese recuerdo arrullador y hermoso
de aquella edad lejana.
Cuando la tempestad en mi camino
ruje desenfrenada
y el huracán atronador e inmenso
con furia se desata,
cuando lloro en mis horas de infortunio
tan negras y tan largas
y recuerdo que llevo solamente
tristezas en el alma,
entonces pienso en el hogar que ocultan
las azules montañas,
en el caliente nido donde habita
mi madre buena y santa,
y resuena otra vez en mi memoria
la bendita plegaria
de la noche invernal que nunca olvido
oscura y destemplada.
Duerme! murmura cariñosa y dulce,
duerme, niño de mi alma,
que cuidándote está sobre la tierra
el ángel de tu guarda;
de la vida en el viaje solitario
te cubre con sus alas
y el amor con que vela en tu camino,
jamás, jamás se acaba.

A mis hermanos

Caros amigos míos,
heme de vuelta ya
vacilante y enfermo
de oculto y hondo mal
cruzando los dinteles
de vuestro santo hogar.
Abridme vuestros brazos,
dadme calor y pan
y aquí, junto a la lumbre,
dejadme descansar.
Miradme... soy el mismo
que tanto, tanto amáis,
el mismo pobre hermano
de aquella hermosa edad
que cerca de vosotros
aprendió a balbucear
las palabras unciosas
del labio maternal.
Yo soy el que otras veces
(ha mucho tiempo ya)
jugaba con vosotros
en santa y buena paz
bajo la espesa sombra
del bosque secular.
Soy el hermano errante
que tal vez no esperáis,
el mismo compañero
de aquella hermosa edad
de tantas ilusiones
que ya no volverán.

Miradme... en tantos años
de ausencia y de penar,
a fuerza de dolores
y de incurable mal
mi negra cabellera
comienza a blanquear,
mi helada frente arrugan
algunos surcos más
y acaso, amigos míos,
ya no me conozcáis.
Qué queréis! con el tiempo
todo llega a cambiar,
y aunque traiga las huellas
del invierno en mi faz
yo siempre seré el mismo
de aquella hermosa edad
que no os olvida nunca,
que siempre os amaré.
Abridme vuestra puerta,
dadme calor y pan
y en medio de vosotros
dadme el viejo lugar
que abandoné llorando
siglos y siglos ha.
Caros amigos míos,
vuestra lumbre atizad
porque traigo en el alma
fría noche invernal;
abridme vuestros brazos,
dadme consuelo y paz
y aquí, junto a vosotros,
dejadme descansar.

A mi padre en su cumpleaños

Debo, padre, decirte lo que siento,
es rudo mi lenguaje y es sincero;
tú sabes que a tu lado estoy contento,
sabes que te respeto y que te quiero.
¡Cómo no te ha de amar el alma mía
si todo lo que tengo me lo has dado!
me diste un porvenir que no tenía,
me enseñaste a vivir como hombre honrado.
Tú me enseñaste a amar, dando el ejemplo,
las virtudes que endulzan la existencia,
a venerar, en sacrosanto templo
todo lo que enaltece a la conciencia.
“Sé bueno, me dijiste, no mancilles
el nombre que te dejo, esa es tu gloria,
siempre ten dignidad, jamás te humilles
y que solo nobleza sea tu historia,
ama a mis hijos como a ti te quiero,
vela por ellos como buen hermano:
yo los cuido también... si acaso muero
tú seguirás la obra en que me afano.
La santa caridad debe encontrarte,
protege al desgraciado y al mendigo;
piensa que tú también puedes quedarte
alguna vez sin pan y sin abrigo.
Que jamás te deslumbre la riqueza;
con todo el trabajo se ha alcanzado;
preferible es mil veces la pobreza
al oro que de infamia se ha manchado.
Recuerda que los nobles corazones
odiaron siempre la maldad y el vicio,

si desbordas sin freno tus pasiones
caerás en insondable precipicio.
No deshonres a nadie, que tus labios
dejen para el infame esos alardes;
perdona las ofensas, los agravios
porque solo se vengan los cobardes.
Siempre debes decir lo que se siente,
sin esbozo ninguno y con franqueza
y con respeto descubrir tu frente
donde quiera que encuentres la grandeza.
El hipócrita vive de congojas
y arrastra una existencia miserable;
no debes adular porque recojas
de pan algún pedazo despreciable.
Debes creer en Dios, al que no cree
todos los miran con horror profundo;
Dios en el fondo de las almas lee
y protege a los buenos en el mundo”.
Ama el suelo bendito en que naciste
que el amor a la patria es noble y santo,
muere por ella si luchar la viste
y de su pabellón forma tu manto.
Y después de la patria... tú conoces
quiénes te cuidan con afán prolijo,
quienes cifran en ti todos sus goces...
¡Tú los debes amar si eres buen hijo!
esos santos consejos, tu bien viste
que nunca están con mi conducta en guerra;
no cambio esos tesoros que me diste
por todas las grandezas de la tierra.
Jamás podré pagar lo que te debo:
me diste el corazón, me hiciste hombre,
mas te conformas con saber que llevo
sin mancha alguna tu sagrado nombre.
Yo conozco muy bien lo que deseas,

en dónde tienes tus ideales fijos;
tú sólo te conformas con que veas
nobles y buenos tus amados hijos.
Y al fin verás tu afán recompensado,
icómo ibas a vivir de desengaños!
te respetan tus hijos, padre amado,
y quieren abrazarte en tu cumpleaños.

¡Muerta!

Como fugaz exhalación pasaste
por mi cielo sin luz y sin rumores,
y, al hundirte en las sombras, me dejaste
deslumbrado con tantos esplendores.

Eres una ilusión desvanecida
inspiradora de mi fe secreta,
el más grato recuerdo de mi vida,
un delirio sin nombre de poeta!

Y aquí me tienes olvidado y solo
arrullándote en versos funerales:
vivo como los náufragos del polo
Pensando en mis auroras boreales.

Así, llorando, por tu amor y el mío
paso las horas silencioso y triste...
¡Fue tu desdén calculador y frío
y en la mitad del corazón me heriste!

Hoy, cuando paso junto a ti, comprendo
que la vieja pasión llama a mi puerta,
y me separo con pesar, diciendo:
¡Qué hermosa estás desde que vives muerta!

El Mendigo

Ocultando su mal, lo vi delante,
hollar las calles con la planta incierta,
y con voz temblorosa y vergonzante,
llamar de puerta en puerta.

Cubierto en partes por informe velo
de repugnante y asqueroso andrajo,
como el que nada ha de esperar del cielo,
miraba siempre abajo.

Al verlo caminar como el que piensa
si su fatiga acabará mañana,
parecía llevar la carga inmensa
de la desdicha humana.

Y al mirarle el semblante que ocultaba,
por las viglias y el dolor proveyto,
afecciones ignotas despertaba
aquel ser tan abyecto.

Llamando al corazón del noble y bueno,
del que se llama en la desgracia hermano,
en cada puerta del hogar ajeno
alargaba la mano.

Con las mismas palabras refería
su triste historia de amor desierta,
y una voz a sus ruegos respondía:

¡Pasad a la otra puerta!

Y con duelos y sombras en el alma
lo vi seguir su pesaroso viaje
y confundirse en el vaivén sin calma
del humano oleaje.

Hoy, cuando llega con su triste corte
la estación invernal que al llanto mueve,
y sopla el viento funeral del norte
y hay sudarios de nieve;
cuando hay nublados de glacial reflejo
y largas noches de borrasca y frío,
digo, pensando en el endeble viejo,
¡qué triste invierno pasará, Dios mío!

Los trabajadores del bosque

A Fausto Moguel

I

No se me borra esa impresión grandiosa:
en medio de la selva gigantesca
y a la luz indecisa de la *roza*
vi la escena dantesca.

Al pie de aquellos árboles copudos
como negros fantasmas se agitaban
los atletas desnudos
que ardorosos se erguían o encorvaban,
mientras que, presas en sus puños rudos,
las hachas, cual relámpagos, brillaban.

¡Con qué rabia el acero
se clavaba en el tronco endurecido,
y a cada golpe fiero
cómo el cedro orgulloso y altanero
lanzaba hondo gemido!

El furor de las hachas relumbrantes
se aumentaba a medida del bochorno,
y templaban los *mozos* jadeantes
aquel ambiente de horno
haciendo que llovieran en su torno
granizadas de astillas crepitantes;
y cuando algún coloso vacilaba
y por fin con estruendo se abatía,
agria y desconcertada gritería
una nube de pájaros formaba
por el nido deshecho que caía!

Mientras tanto, el hachazo
se escuchaba otra vez, violento y seco,
resonando el bosque en el regazo
repercutido siempre por el eco;
y siempre, siempre con la misma saña
el acero vibrante
se encarnizaba con la dura entraña,
y al rodar por el suelo algún gigante
pavorosa temblaba la montaña.....

Y otra vez la estridente algarabía
se formaba en la altura,
y por la brecha enorme se abría
una explosión de luz y de alegría
llegaba al fondo de la *roza* oscura!

II

Después, a los postreros resplandores
del mismo ardiente sol que con asombro
los miró resistir a sus calores,
se alejaban aquellos gladiadores
cantando alegres con el hacha al hombro.

Por el fulgor crepuscular heridos
en la falda del cerro blanqueaban
del pobre hogar los agrupados nidos,
y allá, en los claros que a la selva hollaban,
destrozados quedaban
los revueltos montones de vencidos!

El poeta

Tiene la aurora suaves colores,
lágrimas puras las blancas flores,
el aire lleva fragancia y luz;
doradas gazas ornan la tierra,
perlas y espumas el mar encierra,
brillantes nubes el cielo azul.

Mis versos guardan
en urnas de oro
rico tesoro
de inmenso amor;
porque es hermosa
mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!

Las golondrinas de raudo vuelo
en espirales llegan al cielo
cruzando alegres la inmensidad;
suspiros lleva la brisa errante
y con eterno rumor vibrante
surcan las ondas del ancho mar.

y el alma mía
viaja al acaso
y va a su paso
llevando amor;
porque es hermosa
mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!

Las aves duermen entre las hojas
y sin pesares y sin congojas
solas y quietas viven así;
forman los nidos con su plumaje,
y siempre ocultas en el ramaje
cantando amores duermen allí.

y yo en hogares
de blancos lirios
con mis delirios
de ardiente amor;
porque es hermosa
mi vida inquieta
¡Porque el poeta
me llamo yo!

Ama el jilguero la selva umbría
a las alondras la luz del día
y la gaviotas la tempestad;
aman las flores las mariposas
y sus perfumes las níveas rosas
y las violetas la oscuridad.

Yo amo un fantasma
de luz formado
que me ha brindado
su ardiente amor;
porque es hermosa
mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!

Yo siempre busco luces y galas
inmensidades para mis alas,
ver el espacio si tiene fin;
llevo mis flores a las alturas
y siempre busco regiones puras...

¡Soy de otros mundos, no soy de aquí!
Llevo a mi paso
urnas de oro
con su tesoro
de inmenso amor;
porque es hermosa
mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!

Un sueño

Soñé que al fin tu corazón latía;
que al fin me amabas como yo te amaba;
que en tu caliente seno, vida mía,
mi fatigada frente reclinaba.
soñé un mundo de amor y de delicias,
donde aspiré, como en hermosas flores,
el aura embriagador de tus caricias...
¡Es tan ingrato soñar con tus amores!
Loco mi pobre corazón amante
sintió el calor de juventud perdida;
gocé tanto, mi bien, en ese instante
que bendije lo hermoso de mi vida.
Soñé una dicha delirante, loca,
que tu amor me embriagaba hasta el exceso;
que acercaba mis labios a tu boca
y temblando de amor, te daba un beso.
Evoqué mis marchitas ilusiones,
toda la fe que al adorarte siento;
que unimos en un ser los corazones,
que confundí mi aliento con tu aliento.
Que yo apretaba contra el pecho mío
el tierno y palpitante de mi amada...
Después!... después, al despertar sombrío...
¡Estrechaba en mis brazos una almohada!

En el teatro

¡Qué hermosa estabas en el teatro anoche!
Entreabierto el vestido que te escuda
eras la rosa que rompió su broche
para quedar a plena luz, desnuda.

Te vi, sumido en abstracciones hondas
de las que solo tu mirar me arranca,
surgiendo descarada de tus blondas
como otra Venus de la espuma blanca.

Contemplé tu garganta cimbradora
con la que siempre mi pasión asedias,
tu negra cabellera onduladora,
tu hinchado seno descubierto a medias.

Tu hombro tallado por artista griego,
tu brazo escultural hecho de nieve,
tus rojos labios como el mismo fuego,
tu esbelto talle que a estrecharlo mueve.

¡Qué hermosa estabas como nueva Gracia
entre oleadas de luz y de perfume,
despertando un amor que no se sacia,
que en anhelos sin nombre se consume!

Al mirarte en tu palco tan radiosa,
envuelta en claridades de alboradas,
con tus formas espléndidas de Diosa,
siendo blanco de todas las miradas;

Yo que te adoro entre la sombra oculto,
dulce objetos de todos mis desvelos,
viendo a la luz lo que formó mi culto
—perdona que lo diga— ¡tuve celos!

¿No te sentiste de vergüenza roja
cuando, llevando tan audaz escote,

escuchaste con íntima congoja
torpe lisonja y flagelante mote?

¿No sintieron tus carnes de alabastro
bocanadas de fuego, por ventura?
¿No te ha quedado el asqueroso rastro
de tantos ojos de mirada impura?

¿Cuando agitaste el abanico inquieto
para que nadie tus pudores vea,
fue por que al descubrir tanto secreto
de rubor tu mejilla se caldea?

¿A qué viene ese afán de profanarte,
de estar contigo misma en cruda guerra,
cuando no necesitas desnudarte
para ser la más bella de la tierra?

Si quieres conservar limpio el tesoro
que hoy el vulgo sensual te mancha y roba,
tiene la castidad su llave de oro
para el tibio recinto de tu alcoba.

Cuando la dejes por descuido abierta,
para no parecer hondos agravios
un ángel rubio cuidará tu puerta
con el índice puesto entre los labios.

Allí, arropada en vaporosas nubes
despliega sin temor tus níveas galas,
y cuando te adormezcas, los querubes
bajarán a arrullarte con sus alas.

Oculto y sola bajo tu albo broche
se posarán sobre tus hombros tersos,
en vez del cieno que sentiste anoche,
las caricias aladas de mis versos.

No sentirán tus carnes de alabastro
bocanadas de fuego calcinantes,
ni tus mejillas llevarán el rastro
de tus rojos pudores vergonzantes.

Y yo que formo de tu nombre un culto,
dulce objeto de todos mis desvelos,
al adorarte entre la sombra oculto
jamás tendré de los querubes celos!

Por el arte

¡Cuán hermosa es la muerta! Exuberante
su desnudez sobre la losa brilla,
yo la contemplo pálido y jadeante
y tiembla entre mis manos la cuchilla.

El profesor, que la ocasión bendice
de poder explicar algo muy bueno,
a mí se me acerca y con placer me dice:
—Hágale usted la amputación del seno.

Yo que siempre guardé por la belleza
fanatismos de pobre enamorado,
—Perdonadme —le dije con tristeza—
pero esa operación se me ha olvidado.

¡Se burlaron de mí los compañeros,
ganó una falla mi lección concisa,
vi en la faz del maestro surcos fieros
y en la faz de la muerta una sonrisa!

El toro salvaje

I

“Mi buena madre, en prenda
de su amor tan profundo como cierto,
cuando entré de esta vida en la contienda,
abandonó las *pampas* de la *hacienda*
y se vino al desierto.

Aquí, bajo la selvas ignoradas,
sus ubres dilatadas,
libres de ese tributo vergonzoso
que la *ordeña* las deja miserables,
exprimieron su néctar delicioso
en mis belfos sedientos é insaciables

Lleno de vida respiré este ambiente
donde el hombre raquíptico se ahoga,
soy audaz, soy valiente,
jamás el polvo se posó en mi frente
ni en mi erguido testuz la infame *soga*.

Mi afán de rey a dominar aspira
cuanto en mi vista en derredor abarca,
y en fe de que mi aserto no es mentira
nadie mis ancas mira
la ignominiosa huella de la *marca*;
nadie ve en mis orejas el odioso
rastros que deja la *señal* profunda,
ni en mi cuello soberbio y musculoso
la infame cicatriz de la coyunda;
y libre y soberano, sin el yugo
que envilece a mis pobres compañeros,
no tengo más verdugo
que mis instintos fieros”.

II

“En horas de quietud, cuando sofoca
el sol en cuanto forma mis gobiernos,
me ocupo de afilar contra una roca
mis acerados cuernos;

y si queréis saber lo que yo haría
con estas armas de que estoy ufano,
que os lo cuente el jaguar que el otro día
despanzurré de un golpe soberano.

El vino a desafiarme: silencioso
rascaba un arenal con mis pezuñas
cuando llegó traidor y cauteloso,
dio el miserable un salto prodigioso
y en las espaldas me clavó las uñas.

Mi instinto cruel de luchador se excita
al sentir que su garra se me entierra,
me sacudo con cólera inaudita
y lo arrojo por tierra!

Y ciego le embestí, cuando el bandido
quiso escapar de mi furor deshecho
tenía en el vientre hundido
hasta el remate mi pitón derecho!...

III

“Oh!, si por un momento
en medio de la arena me encontrara
de ese circo sangriento
de que un buey, azorado y sin aliento,
las horribles escenas me contara!

Un solo, un solo instante
para ganarme entonces bastaría
los *¡hurras!* de la turba delirante.

¡Con qué rabia infinita vengaría
las penas de los muertos compañeros,
con qué saña en mis cuernos formaría
sarta innoble y convulsa de toreros!
Y al mirar otra vez que nuevo brío
lleva en cada embestida mi coraje,
¡Cómo iba a proclamar aquel gentío
como ejemplo de indómito y bravío
a este toro salvaje!”

IV

“Una vez quise ver a mis hermanos
que al hombre dan su denigrante ofrenda,
y descendí a los llanos
y a los abiertos campos de la hacienda;
y los pobres esclavos en parvadas
echaron a correr despavoridos
cuando en aquellas pampas dilatadas
resonaron triunfantes mis bramidos.

Llegaron los *vaqueros*; todavía
me figuro escuchar los alaridos
de aquella sin igual carnicería:
reulé algunos pasos, levantada
llevaba entonces la cabeza fiera,
y así que los medí con la mirada
me doblegué, emprendiendo la carrera....
ni siquiera el consuelo
de desatar las *reatas* alcanzaron,
a mi empuje violento, por el suelo
los jinetes rodaron;
y una vez entablada la batalla
no dejé satisfechos mis rencores,
hasta que la canalla
el espacio aturdió con sus clamores...

Así que mis antojos vi cumplidos
regresé a mis montañas
trayendo entre las astas, retorcidos,
los fragmentos de entrañas...”

V

“Aquí están mis dominios, aquí mi mando
como rey absoluto,
aquí están mis vasallos aguardando
la hora suprema del mortal tributo.

Aquí en las pequeñeces de la tierra
lleno de intensa cólera medito,
y una hermosa *becerra*
en la que toda mi afeción se encierra
me lame la cerviz mientras dormito;
y libre y soberano, sin el yugo
que envilece a mis pobres compañeros,
he llegado a imperar donde me plugo,
sin tener por mi parte otro verdugo
que mis instintos fieros!”

VI

Cuando así el toro *alzado* discurría,
haciendo retemblar con su rugido
la selva que tranquilo recorría,
con el rifle tendido
a lo lejos un hombre se veía.

Resonó una explosión que las montañas
con formidable estruendo repitieron,
y las bravas hazañas
del tirano del bosque concluyeron.

La Zandunga

Cuando en la calma de la noche quieta
triste y doliente la *Zandunga* gime,
un suspiro en mi pecho se reprime
y siento de llorar ansia secreta.

¡Cómo en notas sentidas interpreta
esta angustia infinita que me oprime!
¡El que escribió esa música sublime
fue un gran compositor y un gran poeta!

Cuando se llegue el suspirado día
en que con dedo compasivo y yerto
cierre por fin mis ojos la agonía,

la *Zandunga* tocad, sino despierto
al quejoso rumor de esa armonía,
dejadme descansar que estaré muerto!...

Pinceladas

I

Parece que, suspenso en su carrera,
quedose el sol en el cenit clavado,
sigue el agua su curso fatigado
y la arena del margen reverbera.

En el bosque cercano desespera
el silencio de muerte que ha reinado,
y apenas se oye el canto desolado
de la torcaz medrosa y plañidera.

Salta un ciervo: a los vientos interroga,
hunde sus secas fauces con anhelo
en la corriente que su sed ahoga;
asustada una garza tiende el vuelo
y como nube solitaria boga
por el azul espléndido del cielo.

II

Orando acaso por el ser que adora,
imagen muda del dolor sombrío,
el funerario sauce sobre el río
cuelga su cabellera protectora.
Tenaz conserva su actitud traidora
un martín pescador, hosco y bravío,
y al parecer, durmiéndose de hastío
está en la rama que se inclina y llora.
Por fin en el remanso un pez blanquea,
rápido se derrumba de repente
y el agua con violencia chapotea;

vuelve a posarse en el sauz doliente,
y parece, al bañarse en luz febea,
que llevara en el pico una ascua ardiente.

La marimba

I

¡Pobre y triste marimba!, rudo instrumento
que en apacibles horas mandas al viento
las notas fugitivas de tu teclado.
¿Quién hasta ahora, dime, quién te ha cantado?
Nadie, ¡Pobre marimba!, nadie en el mundo
porque todos te guardan desdén profundo;
porque el tosco engranaje de tu estructura,
no forja la cadena flexible y pura
que ensortijada y hábil y culta mano
en salones suntuosos arrancan al piano;
porque apenas balbuses, si estás de fiesta
el vals que cadencioso lanza la orquesta,
porque tus misteriosas voces dolientes
los anhelos traducen de humildes gentes,
porque el numen te ha dado que en ti se encierra
apartada y distante y obscura tierra...

58

Y es por eso que, oculta siempre en la sombra,
sólo ¡Pobre marimba! sólo te nombra,
en tardes esplendentes, el alma buena
que fatigada vuelve de la faena;
sólo en noches tranquilas de clara luna,
cuando al pie de altas rejas buscas fortuna,
cabecitas inquietas te oyen absortas
porque a azules regiones tú las transportas,
y al rumor de tus tristes quejas hurañas
voluptuosas se cierran negras pestañas;
sólo ¡Pobre marimba! sólo estos versos

te consagran humildes cantos dispersos,
ignoradas estrofas que nada valen,
pero que desde el fondo del alma salen.

II

¡Cómo no he de adorarte si desde el día
en que el mundo me trajo la suerte impía
tus ecos empapados de honda ternura
han hecho llevadera mi desventura!
La luz que hirió mis ojos por vez primera
llegó envuelta en tu dulce voz plañidera,
el ambiente más grato que he respirado
fue por tus vibraciones purificado,
la primera caricia de mis oídos
fue el arrullo doliente de tus gemidos...

59

Después, bajo anchurosos cielos brillantes,
transcurrieron serenos, breves instantes,
y ora cerca llorando, ora a distancia
tu constante sollozo veló mi infancia;
me siguió a todas partes con tal ternura
que cuantas veces te oigo, se me figura
¡Pobre y triste marimba! que en tu teclado
todo, todo lo que amo se halla encarnado;
se me figura entonces que tú conoces
mis hondos sentimientos, que tienen voces
que a medida que al viento van emergiendo
solo a mí me las mandas que las comprendo...

III

Me cuentas, cuando esparces tus armonías,
historias de otros tiempos y de otros días,
me llevas, cuando escucho tus vibraciones,

a otros cielos distantes y a otras regiones,
y conforme a mi alma llegan tus quejas
parten mis pensamientos cual las abejas
a traer sus acopios de otros vergeles
cuajados de recuerdo que son las mieles;
y mientras que formulas tu dulce arrullo
es un mundo el que adentro yo reconstruyo;
la hermosura del valle donde he nacido,
los primeros afectos que yo he sentido,
la pureza radiante de mis paisanas
que cortaron mis tristes flores tempranas,
deslumbrantes auroras, tardes rientes
cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Tiempos de mis primeros castos amores,
tiempos que ya se fueron, tiempos mejores!

IV

¡Cómo no he de adorarte si fue una tarde
que de luces formaba pomposo alarde
cuando, al son plañidero de tus querellas,
aprisioné en mis manos dos manos bellas!
¡Cómo no ha de ser tuya la vida mía!
¡Pobre y triste marimba! si fue ese día
que merced al encanto de tus rumores,
hablé por vez primera de mis amores!
me llegaban tus voces tan doloridas
que hallé para mis penas quejas sentidas;
conforme al viento daba tus notas puras,
murmuraban mis labios muchas ternuras,
y conocí con honda dicha secreta
que esa vez mi lenguaje fue de poeta
porque hicieron mis frases brotar tranquilas
dos lágrimas brillantes de dos pupilas!...

V

Otras veces el eco de tus plegarias,
mis ojos se deslumbran con luminaria
y a mis oídos llegan, amortiguados,
rumores cadenciosos de zapateados;
miro envuelto en polvo los corredores
que los amos bañaron de resplandores
y allí bailando alegre, la gente buena
que fatigada vuelve de la faena;
mientras que, entre la sombra que no importuna
siempre ¡Pobre marimba! por tu fortuna
cabecitas inquietas te oyen absortas
porque a azules regiones tú las transportas;
y siempre dominando con tus gemidos
tantos confusos ecos, tantos ruidos,
sin tregua ni descanso se alzan tus voces
porque sabes que colmas sencillos goces,
hasta que acongojados de ese martirio,
fugitivo y sonoro lanzas el Quirio.

61

VI

Después me representa tu acento alado
muchas escenas que has celebrado:
las hermosas de fresca risa argentina
que, en los instantes en que el sol declina
y agrupadas a orillas del manso río,
el cántaro sediento, rojo y vacío,
colman con rumorosos chorros de plata
tarareando en concierto tu serenata;
los negros que a las selvas llegan desnudos
y oprimiendo en sus puños toscos y rudos
las hachas relumbrantes que al sol provocan
siegan bosques frondosos que al cielo tocan:

los vaqueros que asoman, firme y escueta
sobre los miradores su hosca silueta.
Y poblando los aires con su voceo
que tenaz y paciente llama al rodeo,
ora doman los lomos del potro airado
ora el testuz erguido del toro alzado;
las fiestas tumultuosas, las tamaladas,
las tardes en rojiza llama incendiadas
que son tras la miseria y el infortunio,
gratas anunciadoras del mes de junio;
las lluvias tempraneras que en son de fiestas
organizan de truenos vibrantes orquestas,
el torrente espumoso que ruje y brama
cuando la nube negra se desparrama,
el aire humedecido que libre yerra
con los rumores todos que hay e la tierra,
que perfumado pasa porque su broche
entreabrió pudorosa huele de noche;
el ramaje florido que miel exhala
cuando rauda y vibrante lo hiere una ala,
los pájaros que cantan sus esponsales
cruzando por llanuras y por maizales,
los ocotes de altivo penacho de oro
que a los cielos elevan himno sonoro...
Todo ¡Pobre marimba! todo este mundo
que encerró para siempre mi amor profundo,
por arte misterioso lo hallo encarnado
en las notas dolientes de tu teclado,
y como a veces pienso que lo conoces
me apartas cuando lloras ocultas voces.

VII

Y en la ermita cuajada de resplandores
¡Cuántas veces tus sacros, graves rumores,

me encontraron inmóvil y de rodillas,
con lágrimas gloriosas en las mejillas!

El incienso oloroso que en lo alto flota
vacilante y sin rumbo como ala rota,
la confusión de voces incierta y varia
que balbuce la misma lenta plegaria,
el altar revestido de casta albura,
la lengua incomprensible que dice el cura,
la campana que alegre repica a vuelo,
los cohetes que escalan raudos el cielo,
mientras que sin reposo tu eco apagado
envuelve entre sus hondas el alabado...

Todo esto por sencilla, fácil cadena
a mi memoria enlaza la madre buena,
me transporta a las tardes esplendorosas
en que el altar ornaba de frescas rosas,
e implorando a la virgen con dulces ojos
me colocaba ante ella puesto de hinojos;
me transportaba a las noches largas y frías
en que oyendo de lejos tus armonías
su regazo buscaba medroso, inerme,
y ella me acariciaba diciendo -¡Duerme!-.

VIII

Más tarde transcurrieron brumosos años
de vagar bajo oscuros cielos extraños,
y al buscar la memoria la patria ausente
siempre ¡Pobre marimba! tu voz doliente
a todos mis recuerdos los perseguía
con enferma y extraña monotonía;
la hermosura del valle donde han nacido,
los primeros afectos que yo he sentido, a

la pureza radiante de mis paisanas,
que cortaron mis tristes flores tempranas,
deslumbrantes auroras, tardes rientes,
cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Todo a questo cortejo de mis amores
lo bañabas sin tregua con tus rumores!

IX

¡Oh, Dios excelso y bueno! ¡Oh, Dios clemente!
Acoge bondadoso mi ruego ardiente
de que entierren mi humilde cuerpo aterido
en el valle de flores donde he nacido!
Y al llegar ese hermoso, deseado día,
¡Pobre y triste marimba! que tu armonía
desparrame las hondas de su ternura
en el lugar que guarde mi sepultura!